

VIAJAR, LLEGAR Y LLEVAR: ARGENTINA Y EL PLAN NACIONAL DE LECTURA (1986-1989)

IVANA MIHAL
 NE Universidad de Buenos Aires (Argentina)

RESUMEN

Este artículo versa sobre el Plan Nacional de Lectura (1986-1989), implementado en Argentina luego de la dictadura militar. De la mano de la reapertura democrática, el mismo constituyó un elemento de ruptura en materia de políticas culturales en cuanto instala una cuestión hasta entonces marginal y por momentos pretendidamente demonizada, como lo era la “lectura”. Más aún desde el ámbito de las políticas culturales, este plan constituye una experiencia que no tenía precedentes en el país. Asimismo, ha tenido especial significación para mis interlocutores como espacio para la elaboración de la memoria colectiva. Con el objetivo de dar cuenta de ello, me centraré en la perspectiva de mis interlocutores, entrecruzando documentos escritos producidos por el Plan.

Palabras clave: antropología, políticas culturales, plan de lectura, democracia, Argentina.

ABSTRACT

This article is an approach to the National Reading Plan (1986-1989), implemented in Argentina after the military dictatorship. At the time of the democratic reopening, this plan constituted an element of rupture in cultural policies as it installs an issue until then considered marginal and at times presumably demonized as was the case of “reading”. Furthermore, with regards to cultural policies, this plan constitutes an experience without precedents in the country. Likewise, it has had special meaning for my interlocutors as a space for elaborating collective memory. With the aim of

shedding light on it, I will concentrate on my interlocutors' perspective, interweaving written documents produced by the Plan.

Keywords: Anthropology, Cultural Policies, Reading Plan, Democracy, Argentina.

Introducción

En el año 1983, se inicia en Argentina la reapertura de la vida democrática, tras largos años de dictadura militar durante el denominado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983). La Unión Cívica Radical (UCR) partido político que asume el poder mediante elecciones partidarias, realizó una apuesta fuerte en su programa de gobierno al plano cultural. Pasados los primeros años del período denominado “transición democrática”, una de las principales acciones realizadas desde el ámbito de la Secretaría de Cultura de Nación,¹ constituyó la implementación del primer Plan Nacional de Lectura Leer es Crecer (1986-1989) con que contó el país y el cual marcó un hito clave, como intentaré mostrar en este artículo, tanto por la problemática en sí de su abordaje, la lectura, como por la inscripción que tuvo para quienes formaron parte en aquellos años de su puesta en práctica.

Estos últimos, mis interlocutores en el trabajo de campo, forman parte del universo de las políticas de lectura,² este anclaje se lleva a cabo ya sea como parte del Estado o del sector privado (funcionarios; personal técnico; personal contratado para actividades específicas; investigadores y profesores; editores; escritores; narradores, entre otros).³ Los mismos en sus relatos, narran su paso y trayectoria por este Plan Nacional de Lectura (PNL), dado que constituía el principio de un recorrido vinculado al ámbito de la promoción de la lectura,⁴ cuyas vivencias habían dejado una impronta muy fuerte en sus recuerdos dada la envergadura del PNL, como experiencia inédita; involucrando un territorio cuya extensión planteaba amplias distancias y derroteros para ser abarcado. Sumado a lo antedicho, esta relevancia se reforzaba por el período en el cual tuvo lugar –en los inicios del retorno a la democracia, luego de la cruenta dictadura militar–, y por las propias singularidades de la implementación del plan.

¹ Argentina es un país federal, con 23 provincias y una capital federal que es Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Reconoce tres niveles jurisdiccionales del Estado: nacional o federal, provincial y municipal. La Secretaría de Cultura de Nación es el principal organismo rector en el área cultural cuyas acciones alcanzan a las provincias de todo el país (Bayardo, 2008). No obstante, su posición y jerarquía en el Estado nacional ha variado en diversas ocasiones. En el período 1983-1989 se la incluyó en la administración pública nacional, dependiendo del Ministerio de Educación y Justicia (Bayardo, 2008).

² Este artículo surge a partir de una investigación doctoral más amplia centrada en las políticas de lectura implementadas en la ciudad de Buenos Aires (capital del país) y a partir de la crisis del año 2001. Si bien su estudio no se correspondía con mis objetivos iniciales dado que remitía al pasado, lejano y distante, la flexibilidad en el proceso de investigación implica también tomar decisiones que se adoptan a partir del encuentro en el trabajo de campo (Guber 1991); en el cual se reiteraban las continuas referencias a este PNL por parte de mis interlocutores, y que constituyeron el puntapié inicial por el cual decidí profundizar en su estudio.

³ Me refiero a actores vinculados con el ámbito privado, como ya se ha mencionado, y en particular con el Plan Nacional de Lectura (2003-2007), implementado por el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación. Para mayores detalles consultar Mihal (2009).

⁴ Algunos de mis interlocutores continuaron vinculados por sus desarrollos profesionales y/o académicos con el área de cultura como también con el área de educación, que en Argentina responden a distintas dependencias.

Si bien es cierto que en Argentina la lectura como eje de la educación pública constituyó una estrategia de modernización a fines del siglo XIX y principios del XX (Prieto, 2006) a través de la cual se buscaba la incorporación de los inmigrantes provenientes de diversos países, ésta se hallaba contemplada dentro de la escolarización formal en el ámbito educativo. Ahora bien, la existencia de un PNL en tanto tal en los 80 inauguró por primera vez un ámbito de acción del Estado en esta materia, circunscribiéndolo al área encargada de cultura. Sostengo, además que, de la mano de la reapertura democrática, el mismo constituyó un elemento de ruptura, inédito, en materia de políticas culturales en cuanto instala una cuestión hasta entonces marginal, poco jerarquizada en tanto problemática y por momentos pretendidamente demonizada como lo era la “lectura”. Más aún desde el ámbito de las políticas culturales, este plan constituye una experiencia que no tenía precedentes en el país.

Considero que con el objetivo de reconstruir este Plan Nacional de Lectura (1986-1989) es necesario dar cuenta de cómo se construyen las políticas culturales⁵ en este nuevo período, “... no sólo como una disputa de concepciones sino como la puerta de entrada a la forma en que diversos proyectos sociales se despliegan” (Rabossi, 1999: 127). En ese despliegue, la trama de concepciones, como los alcances y limitaciones de las acciones, imprimen cierta singularidad en su puesta en marcha y constituyen la perspectiva de análisis de este Plan de Lectura⁶. Asimismo, intentaré mostrar cómo el PNL apuntó a establecer un carácter democrático y participativo, el cual en la concreción de las actividades que se desarrollaron se tornó sumamente problemática.

I

En Argentina la formulación de planes de cultura que signarán las principales directrices a seguir por el Estado no ha constituido una constante, más bien las elaboraciones de éstos han sido irregulares, heteróclitas, e intermitentes. A diferencia de otras áreas de las políticas públicas en las que uno puede conocer las bases sobre las que se intentan sustentar sus acciones. Ahora bien, en el caso analizado los lineamientos políticos de este período estuvieron contenidos en el Plan Nacional de Cultura 1984-1989 (PNC), sancionado en 1984 por el Consejo Federal de Educación y Cultura⁷ en el cual se definían cuatro principios: 1) libertad para la creación, 2) estímulo a la producción cultural; 3) participación en la

⁵ Las políticas culturales son entendidas aquí como intervenciones sistemáticas que apuntan a orientar el desarrollo simbólico de la sociedad en general, desde el marco de las políticas públicas (Barbalho, 2008; Rubim, *et al.*, 2006; Bayardo, 2006; García Canclini, 1987, entre otros). En este caso, cuando me refiero a políticas culturales aludo a uno de los actores centrales de la escena pública, el gobierno del Estado.

⁶ Han sido inspiradores de la idea de enfocar los planes de lectura como política pública particularmente los trabajos de Peña e Isaza (2005), Revesz (2004), tanto como las definiciones y lineamientos de organismos internacionales en el plano de cultura y educación como la OEI, UNESCO y el CERLALC. En el inicio de la investigación doctoral éste ha sido el enfoque priorizado, reorientándose, posteriormente, mediante un recorte del campo de análisis a políticas culturales.

⁷ Este Plan de Cultura toma como base la Declaración efectuada en la Ciudad de Mar del Plata en el marco del I Encuentro Federal de Cultura también realizada en el mismo año. Asimismo fue aprobada por unanimidad por el Consejo de Cultura y Educación que tuvo lugar en la Provincia de Tucumán en 1984.

distribución de los bienes y servicios culturales; 4) preservación del patrimonio cultural de la Nación. Estos principios se recortaban sobre un telón de fondo en el cual los discursos del poder ejecutivo enunciaban su apoyo para la consecución de los mismos. Así, por ejemplo, en el discurso que pronunció el presidente de la Nación, doctor Alfonsín el 1 de mayo de 1988, éste argumentaba que: “en el ámbito de la cultura hemos continuado garantizando y consolidando condiciones de irrestricta libertad de opinión y de pluralismo ideológico, que han vuelto a ser patrimonio de todos los argentinos desde el 10 de diciembre de 1983”. A lo cual agregaba: “el Estado no dicta ni condiciona la actividad cultural, ha promovido un escenario de participación, promoción y fomento de la cultura...”. De la mano de este florecimiento democrático, cabe consignar que el hecho de que se determinara una fecha de conclusión, a saber el año 1989, coincidente con la culminación del mandato presidencial, enfatizaba más que lineamientos que orientaran las políticas culturales a largo plazo, una duración en el corto o inmediato plazo, que se corresponde con la coyuntura efervescente del momento en la cual se buscaba instalar un proyecto democrático de cultura.

En efecto, la esfera cultural se presentaba atravesada por un conjunto de iniciativas artísticas y culturales –en espacios públicos como parques, plazas y calles; en barrios marginados, etcétera– que se configuraron como políticas culturales en pos de recuperar sentidos sociales resquebrajados luego del régimen autoritario. Ahora bien, estas nuevas configuraciones y redefiniciones no estuvieron exentas de conflictividades, tal como señala Winocur (1996), dado que se sostenían en una mezcla de nociones sobre lo que implicaban las políticas culturales, donde se confundían los paradigmas, planteados por García Canclini (1987), de democratización cultural y democracia participativa. No obstante, el ámbito cultural como espacio de reflexión e intervención era enfatizado en más de un discurso presidencial, imprimiendo una característica notable del régimen democrático de esos años. Entre otras cuestiones, se le asignaba atribuciones a la participación de la población en la escena social, tras largos años de reclusión en la vida hogareña y de pérdida de su presencia en los espacios públicos, lo cual ha servido de base y fundamento del programa político del gobierno. De este modo, se colocaba a la cultura como eje de su política y a las políticas culturales, como un modo de incidir desde la política en la esfera de las relaciones sociales, y, aun más, de afianzar la democracia (Wortman, 1996).

En pos de la implementación de la política cultural, el gobierno planteó cambios en la estructura organizativa⁸ de Secretaría de Cultura de Nación.⁹ Correspondía a esta nueva estructura llevar adelante los objetivos que se proponían con el Plan Nacional de Cultura (Mendes Calado, 2002). El nuevo diseño de la Secre-

⁸ La posición y jerarquía en el Estado nacional de la Secretaría de Cultura de la Nación ha variado en diversas ocasiones. En el período 1983-1989 se la incluyó en la Administración Pública Nacional, dependiendo del Ministerio de Educación y Justicia (Bayardo, 2008). A fines de 1989, pasó a ser parte del Ministerio de Cultura y Educación.

⁹ Por medio del Decreto 2273/84.

taría quedó conformado a través de organismos descentralizados; direcciones Generales; y direcciones nacionales. Con respecto a las direcciones nacionales éstas jerarquizaban determinadas áreas temáticas, a saber: museos, libro, antropología y folklore, música, teatro y danza y artes visuales; a las que se sumaba el área de acción popular. “Un indicador importante de las temáticas como áreas de tratamiento es su ubicación en el rango administrativo” (Pantaleón, 2005: 21). Resulta interesante detenerse en un punto: la Dirección Nacional de Libro –actualmente no existe en el organigrama de Secretaría de Cultura– comprendía bajo su órbita a la Biblioteca Nacional; la Escuela de Bibliotecarios; la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares (CONABIP) y el Museo Casa Rojas.

Ahora bien, el Plan Nacional de Lectura (PNL) también dependía de esta Dirección Nacional, aunque no se encontraba formalmente incluido en el organigrama; acaso porque no implicaba una institución en particular sino un conjunto de ellas; o, quizás, porque la formulación del Plan Nacional de Cultura fue previa a la del PNL. No obstante, la Dirección Nacional del Libro tenía como objetivos generales “favorecer y orientar las actividades vinculadas a la difusión, promoción, conservación, desarrollo e investigación en el área del libro, las bibliotecas y la literatura” (PNC, 1984: 44). Para ello, entre los objetivos a corto plazo con referencia a la problemática de la lectura en sí destacan dos: por una parte, se había propuesto diseñar una campaña de promoción de la lectura y, por otra, evaluar con el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC) como organismo internacional, y con especialistas argentinos, problemas vinculados a la lectura.

En suma, desde la elaboración del Plan Nacional de Cultura se prestó especial atención a la problemática de la lectura, y que haya sido condensada en un documento como éste, sugiero aquí, da cuenta de un modo más general de significados, intereses y necesidades de los actores actuantes en el campo cultural en ese momento; y de la sociedad que se deseaba y esperaba construir con la democracia. En este sentido, vale la pena recordar que durante el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983) la quema de libros constituyó un símbolo visible de la dictadura militar, conjuntamente a la existencia de lista negra de autores, su muerte y desaparición, la persecución de editores; el exilio de muchos; la coerción sobre las bibliotecas; la censura de títulos, entre otros. Todas estas acciones sistemáticas ejercidas durante ese período, se desarrollaron dentro de un marco político e ideológico; en el cual no fue casual que la lectura y la capacidad reflexiva e informativa que ella implica fuera considerada un hábito negativo para el modelo autoritario y represivo ejercido. Así la orientación del Proceso procuró infundir una sociedad poco informada y reflexiva, en general, y sorda a lo que acontecía en ese momento. A contrapelo de ello, no es casual tampoco la atención referida a la problemática de la lectura con la existencia del PNL (1986-1989) en el ámbito de la

Dirección Nacional del Libro, el cual estaba imbricado en un encuadre más general acerca del papel del Estado en el plano de cultura durante la democracia.¹⁰

II

En los inicios del año 1986 surge formalmente el PNL, con el apoyo de la UNESCO. Su denominación oficial fue Plan Nacional de Lectura (1986-1989) Leer es Crear, la cual fue obtenida a partir del eslogan de una de las Ferias del Libro¹¹ llevadas a cabo en la Ciudad de Buenos Aires.

El diseño del PNL se hizo en un momento de redefinición del Estado, de la vida política y la sociedad civil en el transcurso de la apertura democrática. En la práctica, el PNL dependía de un equipo de coordinación –conformado por una dirección, una coordinación general, un equipo de gestión administrativa, coordinadores de viajes y encuentros– de los que a su vez dependían los equipos técnicos, es decir, los docentes de talleres (talleristas). Consistió en una serie de encuentros y actividades, generalmente bajo la modalidad de talleres participativos referidos y vinculados con la promoción de la lectura que tenían lugar tanto en capitales de provincias como en ciudades o localidades de menor tamaño poblacional, que conforman el territorio argentino. Ahora bien, ese proceso en el cual el PNL se organizaba de acuerdo a la estructura federal del país, fue bastante complejo y revela una dinámica de trabajo que involucra prácticas y sentidos respecto a lo que se concebía bajo esta idea rectora de Plan. Para transformar entonces ese orden social y cultural, consecuencias de las prácticas del gobierno militar, e implantar una nueva relación en cultura y política; vinculación abordada por numerosos científicos sociales (Sarlo, 1988; Landi, 1987; Wortman, 2002; Frederic, 2003; entre otros); se apeló a dos elementos centrales: la idea de descentralización de las intervenciones, a la par de la idea de participación social de la población, consideradas ambas como constitutivas de la vida democrática. De este modo, el PNL como otros programas y proyectos culturales surgidos en los 80 adoptaron estos elementos, e intentaron que tanto en el plano discursivo como de las prácticas estos fueran lineamientos a implementar.¹² Ahora bien, los modos en que se construyeron la descentralización y la participación pueden rastrearse a través de los mecanismos por lo cuales se trazaba la dinámica de trabajo en este PNL.

¹⁰ A modo ilustrativo, es interesante señalar que esto queda expresado en 1987 con la creación del Programa de Democratización de la Cultura (Bayardo, 2008; Wortman, 2002).

¹¹ Las ferias del libro constituyen un gran acontecimiento en el ámbito cultural y particularmente para la industria del libro, convocantes de distintos actores vinculados con el mercado editorial (editores, libreros, ilustradores, distribuidores, agentes literarios, entre otros). La Feria Internacional del Libro de Buenos Aires es la de mayor envergadura y trayectoria en Argentina, sus orígenes se remontan a 1974, cuando la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) convocó a las cámaras editoras (CAL; CAP; sector de libros y revistas de la Cámara Española de Comercio); y a otras entidades como ARGENTORES y la Federación Argentina de la Industria Gráfica y Afines, para organizar una feria orientada al público lector. Con el transcurso de los años, se ha sumado la Federación Argentina de Librerías, Papelerías y Afines. En 1985 estas entidades se constituyeron en una entidad civil sin fines de lucro denominada Fundación El Libro, que desde esa fecha realiza anualmente en el mes de abril este evento. La Feria mencionada por mis interlocutores de campo se llevó a cabo en el Centro Cultural Recoleta.

¹² Uno de los programas de mayor relevancia y trascendencia, dado que continúa hasta la actualidad, fue el Programa Cultural en Barrios de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de la Ciudad Buenos Aires, creado en 1984, el cual en sus comienzos tenía como objetivo descentralizar las actividades culturales en distintos barrios de la ciudad y garantizar el acceso a bienes culturales (Gravano, 1989; Wínocur, 1996; Rabossi, 1996).

A demanda y por carta, son dos expresiones que permiten sintetizar uno de los aspectos constitutivos y complejos de esta dinámica, dado que dan cuenta de un circuito administrativo que respondía más a la solicitud espontánea que a intervenciones planificadas desde el horizonte de las políticas públicas —como ser un diagnóstico adecuado de las necesidades, mecanismos de evaluación, en el marco de objetivos estratégicos y metas—, que respondieran, como plantea Nivón Bolán (2008) a una planeación cultural que conduzca la incorporación de diversos actores (no exclusivamente los del ámbito estatal) en el transcurso del desarrollo del PNL.

Asimismo, no tenía una proyección previa de largo alcance con respecto a la cobertura geográfica o a la cobertura institucional, dado que no se basaba ni en una decisión conjunta entre los niveles más altos y los locales, ni tampoco desde la coordinación se seleccionaban los lugares a los cuales concurrir de acuerdo a un diagnóstico de las necesidades de la población. La modalidad operacional era otra, tal como lo resumía en una entrevista un integrante del equipo de docente de los talleres: “las provincias elevaban el pedido y desde Buenos Aires se mandaba a la gente, era a demanda”. En primera instancia eran las propias instituciones —principalmente escuelas y bibliotecas, pero también direcciones de cultura municipales, departamentos de extensión universitaria, clubes, entre otros— o particulares las que convocaban la presencia del PNL en sus localidades y no a la inversa. Para realizar esta demanda existían mecanismos específicos: primero enviar una nota escrita requiriendo que el PNL concurren a la localidad donde se encontraba ubicada la institución solicitante. Luego de la recepción de esa nota, desde el PNL se comunicaban telefónicamente con la institución solicitante del encuentro, o por carta cuando las instituciones no tenían teléfonos. En ese contacto se pautaban el número de jornadas que implicaba el encuentro; la actividad a realizar (el tipo de taller); los participantes (niños, adultos, bibliotecarios, etcétera) y lugares (si era más de una localidad); tanto como la fecha precisa, con un mínimo de cincuenta días de antelación, para la concurrencia de los docentes de los talleres del PNL con que contarían tales instituciones, y el alojamiento y traslado de éstos. Asimismo, para hacer posibles tales viajes se necesitaba de una resolución cuyo trámite administrativo requería ser solicitado con cuarenta días de anticipación. Por otra parte, entre los coordinadores regionales y los coordinadores de viajes se establecían quiénes serían los talleristas del encuentro, dado que principalmente estos eran, como se señalaba en un documento de trabajo del PNL:¹³ “...docentes universitarios o profesionales que tiene su propio trabajo de taller, etc. Por este motivo, es virtualmente imposible tener equipos fijos”. Una vez decidido ello, se enviaba a los demandantes de la visita del PNL, es decir, los organizadores de nivel local, la planificación de las actividades y el curriculum de los talleristas. Éstos viajaban mayoritariamente desde Buenos Aires, la capital del país, y se quedaban en las

¹³ Itinerario (1986-marzo de 1989). Dirección Nacional del Libro. Secretaría de Cultura de Nación. Ministerio de Educación y Justicia.

localidades y desarrollaban dos o tres talleres por día, durante un período no mayor a una semana.

De este modo, las acciones que el PNL llevaba a cabo se definían unilateralmente desde uno de esos actores, el Estado, y se instrumentaban, en cierto modo, de manera vertical. Si bien estos viajes respondían a las demandas locales, las estrategias, los modos y métodos eran preformateados desde Buenos Aires. En efecto, las instancias de definición de estas intervenciones (y en consecuencia de esta política) no implicaban la articulación con actores locales, pues tales vinculaciones con esos otros actores se daba posteriormente, en la implementación de los talleres, agregándoles éstos apenas en las provincias o ciudades un color local a un formato predeterminado y estandarizado.

Este punto es significativo, dado que si bien a través de las intervenciones se apuntaba a la descentralización de las acciones en materia cultural, no implicó tal descentralización una articulación más profunda con las provincias, lo cual demuestra la centralización y monopolización, entre otros, de los recursos humanos de Ciudad de Buenos Aires. En efecto, la movilización de éstos recursos fue una impronta muy fuerte, según las cifras aportadas por un documento escrito del PNL,¹⁴ éste llegó a contar con 150 profesionales que realizaban por mes un promedio de 60 a 70 viajes, aunque en el primer año de la implementación del Plan sólo se habían visitado una decena de localidades, ya en 1988 el número de lugares visitados ascendió a más de 200.

Esta cobertura a demanda entonces era respondida por el nivel central a través del envío de recursos humanos hacia las diferentes jurisdicciones del país, y una vez presentes en ellas se buscaba articular con distintas instituciones relevantes en las localidades donde los encuentros con los docentes de los talleres tenían lugar: “cuando yo llegaba a un lugar lo primero que hacía era recorrerlo y tratar de entrevistarme con la persona que nos había convocado, con alguna directora o maestro o también bibliotecaria, para conocer cuáles eran los intereses, por ahí pensaban trabajar con la comunidad en general, o si les interesaba un trabajo al interior de las escuelas”. El PNL, entonces, no tenía determinado tampoco su enfoque, si trabajaba en el ámbito educativo o en el ámbito cultural, o si involucraba a instituciones educativas formales o a instituciones de diverso tipo, educativas, culturales, recreativas, entre otros. Así, queda expresado: “en cada lugar nos proponemos una programación articulada solicitando a los organizadores del encuentro una convocatoria amplia y generosa para incluir diferentes circuitos culturales”. Prosigue: “bibliotecas populares, direcciones de cultura municipales, clubes deportivos, departamentos de extensión universitaria, demandan nuestra presencia y cada vez que reiteramos la visita, acentuamos el propósito de rotar los espacios físicos de encuentro para facilitar la incorporación de nuevos actores y generar la toma de conciencia de que el Plan Nacional de Lectura trabaja con toda

¹⁴ Itinerario (1986-marzo de 1989). Dirección Nacional del Libro. Secretaría de Cultura de Nación. Ministerio de Educación y Justicia.

la comunidad”.¹⁵ En este sentido, es posible advertir que estas indefiniciones respecto del universo al que se circunscribían las acciones del PNL se vinculan con las complejidades que evoca el término comunidad, noción problematizada por los estudios antropológicos puesto que remite a una idea de totalidad homogénea exenta de antagonismos, contradicciones y desigualdades (Brow, 1990).

En efecto, uno de estos docentes de los talleres comentaba: “a veces era una locura, yo hacía el mismo tipo de actividades que una amiga mía que trabajaba en el norte del país, cuya población nada tenía que ver ni por sus condiciones socioeconómicas, ni por sus características a las de las ciudades donde me tocaba ir a mí”. Esto señala una homogeneización de las actividades entendidas en el marco de una herramienta de trabajo en el ámbito de la intervención como es el “taller”, el cual supone el involucramiento de las personas en las consignas propuestas en el transcurso del mismo a través de recursos expresivos de distinta índole —palabras, lecturas, representaciones visuales, teatrales, juegos, etcétera—, caracterizado por la informalidad y flexibilidad para favorecer el intercambio de experiencias. Lo que trae a discusión este punto, es que incluso en este tipo de herramientas, como es el taller, el cual apunta a la participación, hay que tener en cuenta lo que Bourdieu (1998) enfatiza respecto a las capacidades, disposiciones e instrumentos diferentes para apropiarse realmente del capital simbólico desigualmente distribuido; naturalizando así una forma de trabajo que no se adecuaba a todos los contextos donde se implementaban, siendo que las provincias que componen Argentina constituyen realidades muy diferentes en lo sociocultural, lo económico y lo político. Ahora bien, la uniformización de las acciones de promoción de la lectura del PNL, principalmente a través de esta estrategia de taller, no implicaba una repetición o estandarización de sus contenidos, dado que éstos eran definidos por los propios docentes de los talleres, tal como afirma una de ellas: “un poco se iba pautando cuando llegábamos al lugar, cierta estructura de los talleres que dábamos la teníamos pensada previamente, pero había flexibilidad para pensar otras actividades de acuerdo a los intereses de la gente. Nosotros no hablábamos previamente con ellos, de eso se encargaba la coordinación”.

El PNL empezó involucrando a bibliotecas populares de la Ciudad de Buenos Aires y Provincia de Buenos Aires. Éstas bibliotecas constituyen las instituciones culturales de mayor trayectoria, dado que datan de fines del siglo XIX, y mejor distribuidas en todo el territorio del país (Bayardo, 2008), aunque son asociaciones civiles de carácter gratuito se agrupan bajo la CONABIP.¹⁶ En este sentido, la elección del comienzo por estas instituciones encontró su legitimación en el papel que éstas tuvieron a principios del siglo XX como espacios de formación de las sociedades barriales (Gutiérrez y Romero, 2007). Esta significación actuó como

¹⁵ *Ídem.*

¹⁶ La Ley 23.351 de Bibliotecas Populares vigente desde el año 1986; establece su constitución como asociaciones civiles de carácter gratuito, cuya autoridad de aplicación de la ley es la CONABIP, organismo desconcentrado dependiente de Secretaría de Cultura de Nación, encargado de “orientar y ejecutar la política gubernamental para la promoción de la lectura popular y el desarrollo de las Bibliotecas Populares”.

un elemento movilizador, que llevó principalmente a la coordinadora general del PNL a proponer un trabajo articulado con estas instituciones: “yo vengo de un hogar humilde, de pequeña iba a la biblioteca y me encantaba, esa cantidad de libros, esa posibilidad de leer que me daba. Las bibliotecas populares para mí eran muy importantes, fueron las primeras bibliotecas en este país. Por eso quise trabajar con ellas, la gente nos llamaba y desde las bibliotecas se contactaba a las escuelas, a maestros, chicos y la comunidad en general y se la invitaba a participar de las actividades”. Con el devenir del tiempo, el PNL expandió su campo de acción en dos planos distintos, con la expansión de su cobertura geográfica mayor al abarcar el conjunto de las provincias y, a su vez, con la incorporación de otro tipo de bibliotecas tales como las escolares¹⁷ y municipales,¹⁸ bibliotecas ubicadas en áreas rurales, como también de escuelas, asociaciones culturales, clubes, universidades y otro tipo de instituciones culturales, pero las más relevantes fueron las escuelas y bibliotecas.

Ahora bien, quizás uno de los aspectos más conflictivos remite a una concepción con que se sostenía el PNL, tal como lo relataba una de las integrantes del equipo de coordinación: “la idea que teníamos con el Plan de Lectura, y yo creo que lo logramos, era llegar a las bibliotecas populares de todo el país. Un poco como esto de llevar cultura a los barrios, en sí éramos como brigadas culturales, porque viajaban los talleristas, íbamos a las bibliotecas que nos llamaban y ahí nos quedábamos tres o cuatro días desarrollando distintas actividades”. Viajar, llegar y llevar se constituyen en verbos que permiten entrever una cuestión de fondo, contenida en la mención que hace una de mis interlocutores, cuando argumentaba desde dónde, cómo y para quién se pensaba este PNL en el marco de una política en particular, de allí refiere a “llevar la cultura a los barrios”, slogan de la Secretaría de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires el cual, tal como ha afirmado Gravano (1989), omitía en esa frase al sujeto. En este sentido, la idea de llevar y difundir cultura, se vinculaba a ese ideal de la democratización cultural en la distribución de bienes y servicios culturales sin tocar de fondo las desigualdades existentes (García Canclini; 1987).

Asimismo, da por supuesto que los lugares en los que se realizaban las actividades de promoción de lectura, en cierto sentido, carecían de cultura, por lo tanto había que otorgarles un poco de ella a través del envío cual bomberos apagando incendios de brigadas culturales. Al mismo tiempo, se contradice con esa concepción más amplia de cultura en la que fundamentaba desde lo discursivo las políticas culturales del Plan Nacional de Cultura¹⁹ en el cual se inscribía este PNL. Por otra parte, es posible reconocer que en las intervenciones de este Plan, no sólo se

¹⁷ Este tipo de bibliotecas no dependen de SCN en nuestro país sino de la esfera educativa, y se encuentran localizadas casi exclusivamente en el interior de las escuelas.

¹⁸ Las bibliotecas municipales corresponden a otro nivel jurisdiccional del Estado argentino denominado nivel local o de las ciudades que por su cantidad de habitantes cuentan con municipalidades como organismos de gobierno.

¹⁹ “...Por cultura entendemos los modos de vida de las personas, sus maneras de ser y de actuar, las instituciones que crea, los instrumentos que fabrica, los conocimientos que conquista, los símbolos con que se expresa, las pautas de conducta y los valores que los orientan” (PNC, 1984: 12).

daba cabida a actividades vinculadas con la denominada “alta cultura” –más relacionada con la literatura y lectura de libros–, sino también con aquellas expresiones ligadas a otras materialidades (Chartier, 2003) que se vinculan con la oralidad –narraciones, relatos, etc.– y con lo visual –como las representaciones teatrales–, dado que como lo expresa un docente del equipo de talleristas: “trabajábamos con literatura, con textos informativos, pero también con música, al lado del tallerista podía haber una mujer alfarera mostrando lo que hacía [...] También eso generaba problemas acerca de si un tallerista podía cobrar lo que cobraba al igual que otro [...] Implicaba una logística enorme, mucha logística, imagínate la cantidad de gente viajando, los viáticos [...], eran muchas personas...”. Ahora bien, esta amplitud respecto a lo abordado como parte de un Plan de Lectura o, en última instancia, respecto a lo que se apelaba bajo el término de lectura, generaba disputas de sentido entre los integrantes de los equipos, en palabras de uno de los docentes de los talleres: “el Plan comenzó siendo un Plan de lectura y después derivó en un proyecto cultural más amplio y yo creo que en parte eso hizo que perdiera eficacia”, o como diría en otro momento: “el Plan de Lectura se amplió tanto, trabajábamos con literatura pero también con música, arte, historia, con distintas áreas de la cultura, la lectura pasó a ser más una excusa, digo no está mal, pero dejó de ser lo central del Plan de Lectura...”. Por otra parte, este comentario refiere nuevamente a la falta de una planificación previa e integral, y, sobre todo, a cómo promocionar la lectura y, de este modo, contribuir a la formación de lectores, sentido último de un PNL.

En más de una oportunidad, mis interlocutores han referido al viaje, a ese traslado, ese movimiento constante que los transporta hacia otro lado, tal como comentaba una coordinadora: “a veces en lugares muy alejados nos esperaban los bibliotecarios con guardapolvo, eran lugares donde casi nadie llegaba, olvidados, a veces casi no había lugares donde hospedarse”. El viaje, el llegar a un “otro” lado, lugar, persona, institución, población, pueblo, a una otredad que por el estado de las conexiones y comunicaciones se tornaba algunas veces dificultosa, lejana, parece haber sido uno de los sentidos en que el recuerdo del PNL se vuelve significativo. En efecto, tanto los coordinadores como los talleristas, al respecto referían: “nosotras íbamos siempre a la misma región, éramos tres [...], y nos llevábamos muy bien. Nos resultaba fácil ponernos de acuerdo y de hecho al día de hoy seguimos trabajando dos por tres juntas porque viste que el camino de la lectura es realmente apasionante...”. En tal sentido, el PNL implicó también posibilidades de socializar y encontrar caminos de búsquedas y definiciones laborales que, en algunos casos, continúan hasta el presente.

No obstante, es preciso reconocer que esos desplazamientos, también constituían momentos en los cuales se podía desacralizar la lectura de los ámbitos formales cuyo epítome era representado por las escuelas y bibliotecas. De este modo, se desacralizaba así también la asociación íntima de estos ámbitos con la escritura,

incluso cuando los talleres eran ofrecidos en las propias casas de estudios no estaban pautados sobre una relación de enseñanza aprendizaje de la lectura.

En este sentido, la apelación a la metáfora de los viajes refuerza esta desacralizante idea, puesto que los traslados constantes a distintas localidades del país no posibilitaban un proceso de trabajo continuo y prolongado en el tiempo como requeriría el abordaje tradicional o alfabetizador de la escritura. De ahí que en los viajes se buscara ampliar las posibilidades del encuentro con la lectura a partir de fomentar distintos tipos de experiencias, ya sea a través de actividades relacionadas con la oralidad o con las imágenes como otros tipos de soportes, a la par que se dictaban en algunos casos talleres de escritura. De este modo, si bien es cierto que la escritura atañe a lectura, en este PNL se trabajaba con una concepción en la cual la lectoescritura no constituía su eje principal, puesto que el Plan se basaba en una concepción más amplia en las cuales otras formas de lectura también tenían lugar.

III

El PNL adquirió tal denominación, entonces, de la invocación a una feria del libro. Ahora bien, del trabajo de campo surge como categoría nativa que mis interlocutores no lo designaban por su denominación formal “Leer es Crecer”, sino que se referían a él como “*El Plan de Hebe Clementi*”, apelativo que respondía al nombre de su directora o gestora, la cual provenía del ámbito académico, y más específicamente de la carrera de historia. Según relataba ésta en una entrevista, no formaba parte de las filas del partido radical que era el que gobernaba en el país; con lo cual puede visualizarse como un intento de separar, en cierto sentido, un perfil técnico ligado a saberes académicos y/o artísticos de un perfil político, cuyos criterios, como concibe Pantaleón (2005) responden a una lógica partidaria.

En efecto, intelectuales, artistas y científicos sociales tuvieron un papel protagónico en la redefinición del nuevo orden nacional (Frederic, 2003), tendencia ésta a tono con lo que acontecía en la esfera cultural, y con el PNL. Esta particularidad no fue menor y se desarrolló también en otras áreas de la Secretaría de Cultura de Nación; tal como señala Wortman, característicamente en Argentina “la demanda política de formular políticas culturales en los años ochenta convocó a los intelectuales y artistas a reflexionar sobre quiénes eran los actores de la cultura, posicionamientos, concepciones ideológicas, etcétera” (Wortman, 2002: 2). Quienes participaron en este PNL, tanto encabezando su coordinación como en los equipos técnicos (docentes de los talleres) eran escritores, periodistas, talleristas de lectura y escritura, especialistas en literatura, profesores de música, investigadores, graduados universitarios de carrera de sociología, historia, entre otros; a los cuales se sumaban los coordinadores de actividades por áreas temáticas o geográficas. Tanto unos como otros provenían entonces de ámbitos intelectuales y artísticos.

Asimismo, esta trayectoria de los integrantes del Plan sumada a la coyuntura del país en plena apertura de la vida democrática se entramaba con una concepción de lectura en la cual prevalecía la mirada de la dimensión política por sobre otras, tal valoración quedó expresada en uno de los documentos publicados²⁰ en el marco del PNL, en el cual se planteaba: “este concepto de lectura que impulsa la Dirección Nacional del Libro implica no sólo un criterio psicológico, es profundamente un criterio político. Desterrar el autoritarismo en todos los ámbitos, fortalecer el espíritu crítico, la participación, la libre decisión. Concebir la lectura como un espacio para CRECER EN LIBERTAD” (subrayado original del texto, 1989: 17). Fue en esa oposición al régimen político anterior, a una experiencia pasada en un contexto en el cual las prácticas y libros censurados y prohibidos permean el recuerdo, que se constituye una traza que define el sentido que tuvo esta idea de la lectura como crecimiento, de crecer en democracia. En palabras de una docente de los talleres: “eran tiempos muy difíciles, todavía teníamos la angustia, los desaparecidos y la muerte que nos había dejado la dictadura presente, muy presente...”. A lo cual agregaba: “recuerdo que viajábamos a lugares casi inaccesibles muchas veces..., la gente participaba de las actividades, es que era casi un evento, permanecíamos tres o cuatro días en el lugar [...] Yo creo que participaba porque se les daba lugar a la palabra, y esos eran años difíciles en los cuales recuperar la palabra, expresarse, reunirse aunque sea para escuchar la narración de un cuento costaba muchísimo...”.

A través de la participación se buscaba redefinir las relaciones del Estado con la sociedad civil, reestablecer un vínculo deteriorado por la dictadura. Ahora bien, como considera Menéndez (1998), la participación social siempre implica un componente imaginario respecto a lo que se espera establecer mediante ella, aún cuando en la práctica no llegue a concretarse. La participación como propuesta de esta política cultural que conformaba el PNL estuvo más concentrada en la presencia de la población en los espacios de intersección, de encuentro, que proponía el PNL más que a su inclusión en la toma de decisiones en la programación. Este sentido con que se operó promoviendo prácticas participativas, es también enfatizado por una integrante del equipo de coordinación cuando refería: “muchas veces la gente participaba [...], veníamos de una historia sumamente difícil pero la gente participaba porque en parte lo que se hacía era escuchar sus voces, las voces y la historia oral de los que también en el norte y en el sur conforman Argentina, y que muchas veces están olvidados”.²¹

El PNL situó sus intervenciones, principalmente, en un plano en el cual la preeminencia estaba puesta en priorizar los relatos, los cuales se construyen siempre en una tensión constante que interpreta el pasado en una búsqueda hacia el futuro (Augé, 1999); esa necesidad de relatos, se intensifica en contextos de crisis, posibi-

²⁰ “Por qué leer con los jóvenes” (noviembre de 1989). Dirección Nacional del Libro. Secretaría de Cultura de Nación. Ministerio de Cultura y Educación. Cabe consignar, que también hubo otras publicaciones que recopilaban estas experiencias de trabajo.

²¹ Entre las publicaciones que recopilaban y sistematizaban las experiencias de trabajo del PNL, varias estaban dedicadas a la historia oral, dado que era una temática abordada en distintos talleres.

litando compartir experiencias individuales y colectivas (Petit, 2009). En esa vinculación, en ese compartir, la tradición oral brinda, muchas veces más que la tradición escrita, puntos de referencia para simbolizar experiencias, emociones, acontecimientos, etc. (*idem*). Inclusive, la oralidad fue tan relevante que, como señalaba una tallerista: “este Plan no compraba libros”, y comentaba una integrante de la coordinación: “...a veces nos contactábamos con editoriales y conseguíamos algunos libros para llevar a las bibliotecas, los cargábamos nosotras mismas...”. Se trabajaba fundamentalmente con los libros o materiales con que contaban las bibliotecas, hecho paradójico si se observa que en el período de Reorganización Nacional muchas de estas instituciones perdieron por la censura y eliminación gran parte de su patrimonio bibliográfico y documental. Sin embargo, el PNL según una de las talleristas: “...fue una apuesta muy fuerte porque surgió también adosado a esto, la posibilidad de las industrias argentinas, de las industrias editoriales argentinas. Y los maestros, que estaban deseosos de romper con algunas cuestiones que venían de la época de la Dictadura, entraba muy fuertemente”.

Así se apuntaba a través de los distintos soportes y materialidades con los que se trabajaban en los talleres, a recuperar la lectura no sólo en su dimensión política sino también en su dimensión social, de esta forma, los sentidos atribuidos por mis interlocutores a su trayectoria en el PNL se vinculan con el recuerdo de situaciones –como los viajes y los talleres–, que les posibilitaron resignificar la historia reciente por la cual habían transitado, sus prácticas y significaciones, incluso incorporando los silencios, intentando abrir espacios de diálogo. Sumado a lo antedicho, tal como señalaba una docente de los talleres, sobre todo este PNL: “...va a posicionar a un campo nuevo que tenía antecedentes pero que era marginal en el campo de la literatura y que la academia miraba con sospecha y sin prestigio, lo posiciona. Lo posiciona entrando, haciendo una alianza que se mantiene a través de los años que es la literatura y la escuela”.

IV

El PNL dejó de tener vigencia a inicios de 1990 –durante el denominado período de “consolidación democrática”, entre otras cosas, como resultado del cambio de gobierno con una orientación política diferente. La enunciación más concluyente de estos años es la implementación de políticas neoliberales que implicaron, sobre todo el corrimiento y vaciamiento del Estado, que pasó a ser considerado el culpable de los males que afectaban al país, con lo cual el mercado venía a suplir sus insuficiencias; así se justificaron la desregulación y la privatización de bienes y servicios estatales; el recorte del gasto público, entre otros, lo cual afectó considerablemente al sector cultural. En la práctica para el PNL esto se transformó en una cuestión insoslayable que desembocó en su discontinuidad, como lo señaló un tallerista cuando refería a la: “...falta de financiamiento, el Plan movilizaba una

cantidad increíble de personas y llegó un momento en que no se pudo más. Hubo un cambio en la Dirección de Cultura, creo [...], ya no le daban más fondos y no se pudo seguir”.

Durante el transcurso de los años en que el PNL tuvo lugar, la dinámica de trabajo dió prioridad al trabajo a nivel de instituciones (de distinto tipo), y la participación social se planteaba a partir de ellas, dejando un hueco importante en aquellos que no concurrían, o que se encontraban fuera de los límites institucionales. Asimismo, es importante aclarar que durante el período analizado los espacios culturales pasaron ser considerados como lugares de reflexión en torno a los derechos humanos, como espacios en los cuales canalizar el diálogo, el encuentro (Wortman, 2002; 2001); ésta fue también, una direccionalidad concreta del PNL. En ese papel que asumió el Estado relación con la sociedad en los primeros años de la democracia, donde la necesidad de recuperar la identidad, la memoria y participación (Gravano, 1989); se actuó en el caso del PNL más sobre la demanda espontánea, inmediata, que sobre una planeación cultural de más amplio alcance. La inmediatez por alejarse y reconstruir un nuevo orden social, político y cultural llevó a no percibir que la promoción del acceso y la difusión de acciones culturales eran estrategias válidas, pero insuficientes, para la formación de lectores (potenciales), desestimando que cuando se trabaja sobre bienes y prácticas de carácter simbólico se está en un terreno donde lo diverso y lo desigual está fuertemente cristalizado y se entrecruza constantemente.

Sin duda, el PNL contribuyó a poner como ingerencia del Estado en materia cultural la problemática de la lectura desde una mirada descentrada, aunque no excluyente de los libros, revalorizando y enfatizando la oralidad, la palabra narrada, la recuperación de los silencios y voces, fundamentales para reflexionar y elaborar, de distintas formas, la memoria colectiva. Sumado a lo antedicho, las implicancias que este PNL tuvo para mis interlocutores, pero, sobre todo, para las políticas de lectura, en términos de una docente de los talleres: “...fue muy interesante esa puesta. La puesta que se corta, termina el Plan sin pena ni gloria, pero deja una marcha muy fuerte en el sistema. Los talleres, los talleristas, la idea del placer de lectura enfrentado a la lectura, cosas que después podemos criticar o no, y de hecho hay una fuerte crítica sobre esta parte de slogan, pero bien! [...], el asunto es que fue de ruptura y dejó marcas”. Este es quizás el punto más fuerte por el cual mis interlocutores, a pesar de las críticas, desacuerdos o acuerdos con los modos en que el PNL fue implementado, recrean y resignifican esta política y su carácter inaugural en el abordaje de la lectura, aún luego de dos décadas transcurridas.

Ahora bien, a lo largo de este trabajo se procuró analizar el Plan de Lectura Leer es Crecer en tanto acción específica en pos de la lectura desde el sector cultural; así como también demostrar que éste se inscribe y se instaura fuertemente a partir de un contexto en el cual la redefinición de los vínculos e instituciones toman cuerpo en prácticas y concepciones acerca de lo que se espera de las polí-

ticas culturales del momento. Ahora bien, una mirada crítica a estas cuestiones no puede dejar de destacar que el PNL no pudo lograr distanciarse de una organización fuertemente centralista de la cultura, como tampoco desligarse de ciertas formas de pensar y diseñar los lineamientos de una manera homogénea para un país diverso pero también fuertemente desigual al interior de cada una de las provincias que lo componen. Esta situación se visualiza en la enorme dificultad que atraviesa el PNL en el desarrollo sus acciones desde un marco de planeación cultural con criterios y objetivos específicos para fomentar la lectura y, sobre todo, la formación de lectores. Esto hubiese posibilitado la evaluación de las intervenciones llevadas a cabo.

No sólo viajar, llegar y llevar, sino también constituir vínculos profundos de modo de establecer mecanismos de trabajo conjuntos con aquéllos que desde sus lugares de trabajo en las localidades del país se relacionaban con la promoción de lectura. No obstante, es valorable la apuesta que este plan de lectura realizó a favor del fomento de la lectura, lo cual constituyó un hito importante y de ruptura en el sector cultural. En este sentido, el esfuerzo de intentar el abordaje de la lectura como problemática y a partir de distintos puntos de interés, y no solamente a partir de un aspecto instrumental y educativo, es destacable. No obstante, no ha sido suficiente para consolidar su trascendencia más allá de los cambios coyunturales, a pesar de constituirse en un antecedente importante de las políticas de lectura en Argentina. ■

BIBLIOGRAFÍA

- Augé, Marc (1999). "La vida como relato". En: Bayardo, R. y Lacarrieu, M. (comp.) *La dinámica global/local*. Buenos Aires: Ediciones La Crujía, 173-184.
- Barbarho, Alexandre (2008). *Textos nómades. Política, cultura e mídia*. Coleção Textos nómades, núm. 1. Fortaleza: Banco do Nordeste.
- Bayardo, Rubens (2008). "Políticas Culturales en la Argentina", en: Rubim, A. y Bayardo, R. (orgs.). *Políticas culturales en Iberoamérica*. Salvador: Edufba, 19-49.
- (2006). "Políticas Culturales y Gestión de la Diversidad Cultural". VI Reunión de Antropología del MERCOSUR. Montevideo. Universidad de la República, 1-6.
- Bourdieu, Pierre (1998). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Buenos Aires: Ed. Taurus.
- Chartier, Roger (2003). *Cultura escrita, literatura e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Frederic, Sabina (2003). "De la plaza al barrio. Los científicos sociales y la identidad de los sectores populares en la transición democrática (1982-1987)". En Balbi, F. y Rosato, A. (ed.). *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia, 247-267.
- García Canclini, Néstor (1987). *Políticas culturales en América Latina*. México: Editorial Grijalbo.

- Gravano, Ariel (1989). *La cultura en los barrios*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Guber, Rosana (1991). *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires: Editorial Legasa.
- Gutiérrez, Leandro, Romero, Luis A. (2007). *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la Entreguerra*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Landi, Oscar (1987). "Campo cultural y democratización en Argentina". En García Canclini, N. *Políticas culturales en América Latina*. México: Editorial Grijalbo, 145-172.
- Mendes Calado, Pablo (2002). "Veinte años de políticas culturales democráticas. La acción de la Secretaría de Cultura de la Nación". *Revista Gestión Cultural* (Año 1, N° 1). Buenos Aires: UNTREF.
- Menéndez, Eduardo (1998). "Participación social en salud como realidad técnica y como imaginario social". *Cuadernos Médicos Sociales. CESS*. Buenos Aires (Núm. 73), 5-22.
- Mihal, Ivana (2009). Plan Nacional de Lectura: notas sobre una política de promoción de la lectura. *Revista Pilquen* (Año 11, núm. 11), 1-9. <http://www.revista-pilquen.com.ar/SumarioCS11.htm>
- Nivón Bolán, Eduardo (2008). "Planeación cultural, la asignatura pendiente. El caso del Distrito Federal en México". *Políticas Culturais em Revista* 2 (1), 1-33. <http://www.portalseer.ufba.br/index.php/pculturais/article/view/3331> (Consultado 23/04/2009).
- Pantaleón, Jorge (2005). *Entre la carta y el formulario. Política y técnica en el desarrollo social*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Peña, Luis, Isaza, Beatriz (2005). *Una región de lectores. Análisis comparado de planes nacionales de lectura en Iberoamérica*. CERLALC. OEI. Plan Iberoamericano de Lectura. <http://www.cerlac.org> (Consultado 19/05/2006).
- Petit, Michèle (2009). *El arte de la lectura en tiempo de crisis*. México: Editorial Océano.
- Prieto, Adolfo (1988). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Rabossi, Fernando (1999). "Acerca de la cultura en las políticas culturales", en: *Antropología y Ciencias Sociales*, Buenos Aires (Año VII, núm. VIII), 117-134.
- (1996) "Peleando por la cultura: conflictos sociales en torno a un programa cultural urbano". *Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata*. Rosario (Tomo IV), 95-104.
- Revesz, Bruno (2004). "¿Qué significa pensar la lectura como un asunto de política pública?". Reunión de Expertos para la formulación de una Agenda de Políticas Públicas de Lectura. Colombia. <http://www.ilimita.info> (Consultado 23/11/2005).

- Rubim, Albino, Oliveira Rubim, Iuri, Pitombo Vieira Mariella (2006). "Actores sociais, redes y políticas culturales", en: CAB 2. Brasil: Edición del Convenio Andrés Bello, 13-64.
- Sarlo, Beatriz (1988). "Políticas culturales: democracia e innovación". *Punto de Vista* (Año XI, núm. 32), 8-13.
- Winocur, Rosalía (1996). *De las políticas a los barrios. Programas culturales y participación popular*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Wortman, Ana (2002). "Vaivenes del campo intelectual político cultural en la Argentina", en Daniel Mato (comp.). *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Venezuela: CLACSO, 327-338.
- (2001). "El desafío de las políticas culturales en la Argentina", en Mato D. (coord.) *Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2*. CLACSO, Venezuela. <http://www.168.96.200.17/ar/libros/mato2/wortman.pdf> (Consultado 18/02/2007).
- (1996). "Repensando las políticas culturales de la transición", *Revista Sociedad. Facultad de Ciencias Sociales*. Buenos Aires (Núm. 9), 63-84.